

Joan Turner: la Dramaturgia de Víctor Jara Entra en Escena

David Hevia

En esta entrevista, Joan Turner aborda la pasión de Víctor Jara por llevar el arte a las tablas.

-Víctor Jara ingresa a estudiar Dirección Teatral y Actuación, a la Universidad de Chile. Por todos lados asoma el compromiso y el rigor.

Víctor era sobre todo una persona muy dedicada, muy entusiasta de lo que estaba haciendo, con una gran disciplina de trabajo, por lo menos en esa parte de su vida que yo conocí, desde el año 56 más o menos, que conocí a Víctor, justamente en la Escuela de Teatro, donde yo hacía clases de Movimiento. Pero siempre me han contado que en la escuela primaria, en la escuelita de Lonquén, él actuaba, recitaba. Creo que el teatro era como su primer amor, su primera ambición...

... Las artes escénicas.

Las artes escénicas. El canto venía como una parte natural de su vida, pero tenía como ambición su relación con las artes escénicas. Y su primera experiencia de teatro fue justamente los *Mimos de Noisvander*. Cuando llegó a Santiago a vivir, más tarde, cuando tenía ya 20 años, se metió en los *Mimos de Noisvander* y de ahí dio el salto a la toma de examen de admisión en la Universidad de Chile, en la Escuela de Teatro.

-Los estudios de Víctor en la universidad fueron de mucho esfuerzo. Tenía que dormir por allí también, porque no tenía dónde llegar a alojar.

Dormía en cualquier parte, en la sala del coro, en los camarines, comía de lo que mandaban a Nelson Villagra, el compañero de estudio, que compartía con Víctor. Era una vida muy difícil.

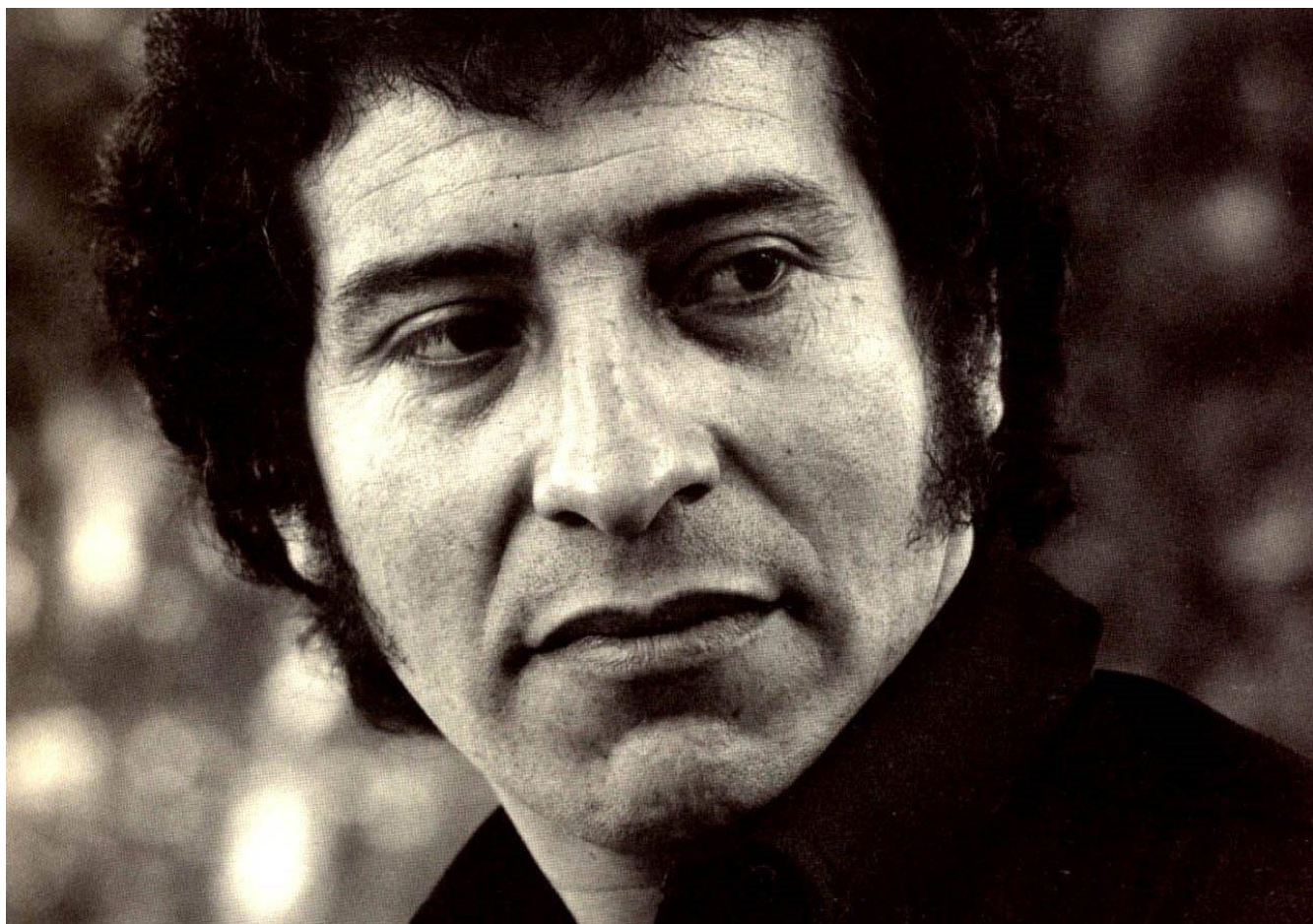
-Compartía con Nelson Villagra, que encarnó al Chacal de Nahueltoro, entre otros personajes, que también fueron puntales muy importantes en la vida cultural del país.

Sí, yo diría que esa época en que yo lo conocía, porque, como digo, yo era profesora de Movimiento ahí, era una época de muchos estudiantes muy dotados y que además trabajábamos juntos.

-Y así ocurre que autores como Alejandro Sieveking le confían la dirección teatral.

Alejandro estaba en el curso con Víctor. Se hicieron amigos. Jaime Silva también, estaba Lucho Barahona, que quizás no se recuerde tanto en Chile, porque salió en el 73 y no volvió nunca más, pero era súper buen actor. Este curso, como iba desarrollándose dentro de la Escuela, existía junto con quien en ese momento era el director, el Domingo Piga, que tenía que crear una compañía de la Escuela. Así fue (...) y yo me acuerdo que una de las primeras cosas en Chile que me llamó la atención fue la espontaneidad de estos estudiantes, que hacían un teatro que yo no había visto desde que había llegado unos años antes, mucho más basado en los textos.

-Más del mundo de la academia, por decirlo así. Claro, sí, además, muy extranjero, digamos: hacían Shakespeare, hacían Tennessee Williams, etcétera. Y esto era un teatro muy espontáneo. En un momento, cuando querían participar en el



festival de los estudiantes, no tenían un texto, Víctor sugirió a Alejandro: "tú escribes el texto y yo lo voy a dirigir", y así siguieron trabajando juntos. Ahí hacían *Parecido a la Felicidad*, que es una obra realista, muy ligada al tipo de vida que vivían ellos, así de las relaciones humanas, así bien trabajada, muy simple, pero muy fresca, muy de ellos mismos (...). Ellos actuaron con la compañía de teatro y esa obra fue de gira por toda América Latina, con gran éxito.

-Es decir, el viaje por el continente americano se convirtió también para Víctor en una forma de aprendizaje, también una escuela, no sólo mostrar lo que se estaba haciendo, sino que también una experiencia...

Sí, experiencia fuerte...

-Y fueron apareciendo otros autores para llevar a las tablas. Por ejemplo, *La Mandrágora*, de Maquiavelo.

Sí, sí, sí, eso era como tarea digamos, tarea de colegio... (Risas)

-Era la imposición de la universidad...

Claro, era parte de su programa de estudios, pero la obra de egreso de Víctor, era otra obra de Alejandro: *Ánimas de Día Claro*, donde se juntaban los amores de Víctor: el folclore, los mitos folclóricos también, la música y el teatro; una obra muy especial, muy bonita.

-También hizo *La Remolienda*.

Eso lo hizo varios años después, *La Remolienda*, con un tremendo éxito.

-Víctor Jara era no solamente un hombre multifacético en su expresión, sino capaz también de abrazar distintos estilos sobre escena. Se lo ve dirigiendo o montando una obra como la de Sófocles, después una de un autor como Sieveking, en algunos casos costumbristas, en otros no, y obras más vanguardistas, como las de Egon Wolff...

Y también una obra, por ejemplo, de la vanguardia británica inglesa, que se llama *Entreteniendo a Mr. Sloan*, de Joe Orton; cosas totalmente distintas. Era muy versátil. Pero su deseo era siempre reflejar a través del teatro la realidad chilena, ése era su objetivo.

-Y en ese objetivo él fue incorporando al teatro la dimensión de su acervo musical. De alguna manera tenía presente la musicalidad de la obra, como parte de la escena.

La musicalidad y, además, la coreografía. Eso fue algo muy innovador de Víctor y, yo diría, para la época de la que estamos hablando, de los años 60 en general, era la acción en el teatro, porque antes había muy poca acción, mucha palabra y poca acción. Víctor era muy buen coreógrafo. Si vamos al final de los años 60, yo trabajé con él, se suponía como coreógrafa yo, en una obra colectiva norteamericana. Víctor da otro punto de vista: Víctor no necesitaba una coreógrafa invitada, porque en lo que yo tenía que preparar a los actores y actrices -algunos no tan jóvenes para prepararse- era en lanzarse al espacio, estar preparados para cualquier cosa. En esa época era muy poco usual.

-Y de pronto aparecía por su población, Los Nogales. Tomaba la guitarra y empezaba a enseñar a muchachos mucho más jóvenes los primeros acordes. Usted vio a ese Víctor, ya famoso, pero humilde y siempre cercano a sus compañeros de ruta, los pobladores...

Eso no lo perdió nunca. Hay unas cartas donde justamente me expresa eso, y es, digamos, la base de todo su compromiso político, es no perder sus raíces, sus raíces de clase, de la pobreza, de todo lo que él pasó y seguían pasando sus compañeros de viaje. Eso era la base de todo su trabajo, ya sea la música o el teatro. Como cuando le tocó dirigir la célebre obra de Egon Wolff, *Los Invasores*, pero no era coincidencia la dirección de Víctor, que yo creo que tuvo un poquito de conflicto con el autor, porque para Víctor los invasores eran los héroes, no los invadidos.



Imagen: Víctor Jara dirigiendo a Kerry Keller, Carmen Bunster, Bélgica Castro, Marés González y María Cánepa.

EN LA HONDURA DE UN SOMBRERO VACÍO

Amanezco sentada frente a la carta de la suerte, una flor deja su polen adherido a mis dedos. Frente a la carta del olvido amanezco, voy vagando sobre el asfalto de un oráculo. Un sombrero de ángel me aguarda en la esquina, emergen del sombrero abanicos abiertos. Vida, muerte, aire, muerte, vida o aire. Es el vaticinio vestido de seda roja, mi carta que se viste de seda roja. Vida, muerte, seda, vaticinio, asombro. Estoy sentada, con un conejo en la mano. Una caja vacía adivina mi suerte mueve la cábala necesaria, la luz y en el fugaz delirio del vaticinio, nace una flor en cada dedo de mi mano. Amanezco sentada frente al mago que sostiene el hechizo de mi suerte. Hay olor de azufre y vestigio de azucenas. Amanezco con las manos hurtadas por las flores, con la carta húmeda de miedo, y un mago recibe mi lágrima en la hondura de un sombrero vacío.

Edith Contador

ECLIPSE

Sentimiento nocturno, acudes al llamado de una desgracia avizorada, concurren en sueños deshabitando palabras, vaciando mi aliento.

Interpones una oscuridad total entre mi silencio y ciertos pensamientos, en un juego de absorbentes alineaciones, de roces apenas contraídos.

En esta trampa mortal me obligo a conservar un ficticio equilibrio, habitando este anillo luminoso de astros transfigurados en cercos certeros.

De día, se posa apacible, humedeciendo músculos, piel y huesos. De noche, atraviesa nuestras mentes con fugas sentimentales combinando ira, llanto y reproche.

Francisca Beytía

EL CASTILLO

Ximena, princesa Ximena, así le gusta llamarse cuando juega sola en la playa. Disfruta quedándose en la orilla, esperando las olas, viéndolas venir y retirarse rodeándola de espuma y sentir los pies descalzos enterrándose en la arena. Acaba de cumplir trece. Tuvo una fiesta en el patio de la casa con torta, globos y serpentinatas. Y varias compañeras del colegio, algunos primos y amigos del barrio le cantaron el *happy birthday*. También vino él, que hasta el año pasado era un mocoso nefasto... Y ahora la mira y la mira y no deja de mirarla. Papá -siempre previsor- terminó de supervisar la instalación de la grúa para el edificio nuevo que empezaría a construir en la avenida junto al río y mamá puso a punto unos documentos para un litigio de límites que llevaba en los tribunales y el sábado, con las primeras luces del alba, partían en la "4 x 4" a veranear. Se inicia febrero y mamá en el asiento delantero desvaría; *el calor es una injuria*. Recorren la costa en busca de un lugar propicio. El aire salino ingresa por la ventanilla y le desordena la rebelde cabellera. Ella se siente ligera como una pluma. Y aunque viajan sin un plan determinado, al volante papá, siempre serio, hace cálculos, pide paciencia, anuncia que pronto encontrarán un lugar agradable y tranquilo, y sobre todo seguro. Ella divertida recuerda que de improvisado se les ocurrió tirarse agua con la manguera y muertos de risa se habían revolcado por el pasto hasta que mamá apareció en la terraza y dio un grito: *Cómo se les ocurre, están locos... van quedar todos sucios...* Ella montada a horcajadas

sobre su pecho lo había inmovilizado, lo tenía bajo control. A él que hasta hace poco andaba cubierto de pecas y era más desabrido que el color blanco. Dejan atrás una curva y ante los ojos aparece el inmenso y vasto océano de aguas que centellean bajo el sol radiante que domina un cielo limpio de nubes. Avanzan por la carretera que serpentea junto al mar y al fin papá opta por detenerse en un *resort* recientemente inaugurado en lo alto de un lomaje con cabañas de tejas españolas diseminadas en medio de un bosquecillo de pinos. El resto de la jornada lo dedican a nimiedades, desempacar y ordenar las ropas, recorrer los alrededores, bañarse en la piscina. El día siguiente, a media mañana ella descende sola al pequeño pueblo y en un quiosco se compra un helado. Vagabundea, se entretiene mirando a los turistas que en tenidas deportivas recorren el paseo costero. Empujada por la brisa marina, baja la escalinata que conduce a la arena. Está nublado y la playa se extiende casi desierta si no fuera por unas pocas personas dispersas. Alegre contempla el mar gris, el oleaje furioso azotando la arena, el revoloteo de las gaviotas. Corre viento. Al despedirse él dijo que a vuelta de vacaciones la esperaría en el colegio para pedirle que anduvieran. ¿La dejarían? Imagina la cara de papá. Un pelícano se posa en una roca con un pez atrapado en el pico. Por la tarde el viento disminuye, las nubes abandonan el cielo dejando al descubierto un sol abrasador que quema despiadado. Almuerzan en un pequeño y simpático restaurante italiano y luego de los postres y un descanso deciden ir a la playa. Ella, absorta, piensa si lo besará, le trajo de regalo un enorme oso de peluche y la seguía a todas partes aprovechando cualquier ocasión para quedarse solos. Descalzada y vistiendo aun la delgada solera, sin ánimo de ponerse el traje de baño, camina por la orilla del agua. A lo lejos divisa a mamá tendida boca abajo al amparo del quitasol y a su lado papá abstraído en la lectura del periódico. Ella en cuclillas justo en ese límite donde terminan las olas y empieza la arena piensa que los días deberían volar. En un abrir y cerrar de ojos encontrarse de vuelta en el colegio. Desea regresar. Y verlo. ¿Le atrae o no le atrae? Ojalá que su boca no tenga sabor a menta, le desagrada la menta. Le gustaría que tuviera sabor a frambuesas. Poco a poco introduce las manos en la arena. O canela. Empieza a escarbar. Le encanta la canela. Entierra todos los dedos y los levanta sosteniendo un puñado de fina arena blanca sobre la palma... Mmm... La Mona, su prima de quince, le dijo que no se haga ilusiones, que los chicos no saben besar, son atarantados y nerviosos, y a veces no se miden, apretan demasiado, y duele. Vuelve a introducir la mano, saca arena húmeda, la cavidad crece. Eso, construirá un castillo, un inmenso palacio. Distraída y casi como al descuido junta un cerro de arena, sus manos empiezan a modelar. Ahí vive la bellísima princesa. Los dedos tallan, esculpen, cincelan escalinatas, balcones, torrecillas. Agrega un profundo foso que proteja al castillo de los peligros, mientras la princesa aguarda el retorno de su príncipe encantado. Levanta un alto torreón, con alacenas desde donde la princesa por la tarde, luego de peinarse la larga cabellera, impaciente se asoma a otear el horizonte. El príncipe montado en su corcel se internó en el bosque hechizado, dispuesto a enfrentar bestias, engendros y diablillos para dar muerte al maligno dragón que asola la comarca. Sus manos se desplazan ágiles alisando las altas paredes, invulnerables, sólidas, como los edificios que construye papá. Ayudándose de un palito perfila las ventanas y torreones, trabaja con método y disciplina como aconseja papá

cuando le enseña matemáticas. La puerta principal queda perfecta, justo delante del puente levadizo y el foso que protege el castillo de los ataques de los salvajes, las criaturas malignas y los peligros inesperados. La princesa de larga cabellera diamantina se llama Ximena. Trabaja durante dos o tres horas sin prestar atención a nada más. A ratos, algunos bañistas se detienen a mirarla construir ensimismada la enorme ciudadela de arena. A medida que avanza la tarde y el sol cae sobre la superficie del océano, la marea empieza a subir y las olas revientan cada vez más cerca. Ella se apresura a profundizar el foso en torno a las paredes. Se afana, raspa la arena mojada y dura, se daña las yemas. Muy pronto comprende que sera inútil, no puede impedir el avance del agua. Las olas arrecian, grandes y poderosas. Por fin, agotada se pone de pie, a la distancia divisa a papá y mamá sacudiéndose la arena, guardando las toallas en el bolso. La princesa Ximena, sonrojada, contempla el agua que arremete contra el castillo, deshaciendo las paredes de arena. El agua ingresa por los pasadizos, inunda los patios de la fortaleza, borra las escaleras. Es inevitable. ¿Debería imperdirlo? El príncipe ya no la encontrará en la alta torre. Una nueva ola azota de frente la preciosa obra. El castillo cede. Entonces ella se sienta en la arena y permite que el agua le moje los calzones.

Jorge Calvo

UN DESCONOCIDO DIBUJO DEL POETA ANDRÉS SABELLA

El destacado poeta, narrador y periodista antofagastino Andrés Sabella (1912-1989) fue, además, un avezado artista plástico. "Dibujo para que haya en mi casa locura y maravilla", decía el autor de *Norte Grande*, precisando que "si el poeta se cansa de bailar con las letras, se recuesta en las líneas: ellas no demoran en moverse entre lo posible y lo imposible del hombre". En ese espíritu, Alerce se complace en compartir con ustedes este desconocido croquis que el literato realizó en 1979. La obra fue obsequiada a su coterráneo Ramón Reyes, quien generosamente accedió a nuestro deseo de compartir a través de esta publicación los trazos que vestían de colores la letra y la imaginación de tan gran autor.



Escribenos a alerce@sech.cl